

La tarde se pintó de tormenta, tronó y cayeron chuzos de punta en las proximidades de Bustares, donde paré, contado está, en la taberna del tío Gamo. Bueno lo del agua, para matar el polvo de los caminos, pues entonces la mitad de los que conducían a estos pueblos eran polvo y tierra. Allí, en la taberna, no menos de una docena de hombres y jóvenes me siguieron con la mirada. Más que nada porque la imprevisión del viaje no me hizo meter en las alforjas paraguas o chubasquero y todo lo que las nubes arrojaron nos calló encima, a la mula y su piloto.

Aquellas buenas gentes que poblaban nuestros pueblos se encargaron de darnos calor y abrigo. Lo rememoraba, no hace mucho, con la hija del tío Gamo y la señora Avelina que me llamó desde Jadraque para agradecer que recordarse a aquel hombre, y decir que sí, que su padre era tal y como yo lo describía, lo mismo que aquel pueblo, Bustares, que me recibía con las calles abiertas en canal –estaban metiendo el agua en las casas–, los caballos del *Gitano* pataleaban en un callejón, tres o cuatro gatos se asomaban a la tapia de un corral y media docena de zorros colgaban de un nogal al final de la calle Mayor envueltos en zumbido de moscas.

El retorno, para tomar nuevos aires, tuvo el percance del encuentro con la Guardia civil de Hiendelaencina que a lomos de su 2 caballos apareció tras una nube de polvo para reclamarme un ternero desaparecido con la tormenta de la víspera por los campos de Gascuña; y tuvo el percance de que, bajando a las entrañas del barranco abierto por las aguas del Bornoba, uno de esos bichos rastreros que tanto espantan a la mulas cruzase la senda, si senda podía llamarse a aquellas estrecheces abiertas en el roquedal, haciendo que del rebufo, lanzase al viento de la sierra las alforjas. Allí perdí la merienda, que no me importó, y perdí el documento gráfico de la aventura, que fue lo que me dolió. Desde entonces, mi flamante cámara fotográfica recién estrenada –anticuada ya por las digitales- luce en su objetivo el traspies de la culebra. Y Allí, al son del Bornoba, lamenté que, con el golpe, se abriese la cámara y se velase la película.

A cambio encontré por el camino a Crescencio Cerrada, el cartero de Prádena que hacía la ruta por aquellos pueblos a lomos de su caballo *Tito*. Nos volvimos a encontrar hace unos años en Valverde de los Arroyos, en serrana fiesta. Con él hice parte del retorno en conversación monosílaba, pues las gentes de estas tierras han sido casi siempre de pocas palabras. Y así nos fue.

